

## La pequeña aldea. Las tertulias

Las tertulias representaron, a principios del siglo pasado, la mejor oportunidad para entablar relaciones o, simplemente, charlar sobre los acontecimientos más resonantes de una ciudad y un país envueltos continuamente en conflictos bélicos.

Cada familia tenía la suya y se esforzaba para que fuera la más trascendente.

En la práctica, no eran sino reuniones nocturnas adornadas con bailes y música que terminaban puntualmente a las once.

Era la salida más importante a que podía aspirar un porteño de esa época y el lugar adecuado para buscar matrimonio. Quizás por eso fuera que las mujeres constituían el centro de toda tertulia. Esta particularidad sorprendía muchísimo a los extranjeros; así lo escribe, en 1830, el viajero francés Arsène Isabelle, (en *Voyage a Buenos Aires et a Porto Allegre, 1830-1834*):

*Entremos a la tertulia: haréis bien en dominar vuestros sentidos para no dejaros turbar por ese enjambre de mujeres seductoras; no les deis el gusto, que ambicionan, como a ningún otro, turbar a un extranjero. Para aumentar vuestro desconcierto van a ofreceros el mate, el inevitable mate, con el que acaso provoquéis hilaridad. Porque difícilmente se puede tomar el mate, la primera vez sin quemarse la lengua, sin tapar la bombilla con una aspiración exagerada. Fijaos en esas damas como tratan de contener la risa tras el lindo abanico. No hay que ponerse muy colorado... felizmente el baile comienza. El minué sienta muy bien a la nobleza y a la sencilla elegancia de las porteñas. Es preciso tener esas formas elegantes, esas bellas proporciones, la soltura y el porte que los porteños ostentan, para atreverse a formar parte de un minué.*

*También están de moda la montonera, el cielito y, sobre todo, la contradanza española. Este baile es muy bonito y las porteñas enloquecen por él; yo creo que antes de renunciar a bailar lo se privarían hasta de esos grandes peinetones. Y es que en la contradanza pueden desplegar todos los recursos de la coquetería femenina, sin escándalos, sin que nadie lo encuentre mal. Para bailar esta contradanza se forman dos filas, de un lado los hombres y del otro las mujeres, hasta llenar el salón. El baile es muy complicado para ser descripto pero baste saber que, colocados los danzantes en esa posición, avanzan unos hacia otros, por parejas; éstas giran tomadas de las manos, dan pasos de derecha a izquierda y valsan. Lo más interesante es que uno puede darse el placer de oprimir en sus brazos, alternativamente, a todas las bonitas mujeres y hasta hacerle declaraciones sin que se ofendan en lo más mínimo: a lo más dirán ingenuamente: ¡tiene dueño!..."*

El baile, como en toda reunión que se precie, servía de esparcimiento y, por supuesto, para acercar a las futuras parejas, sobre todo cuando apareció el vals. Lejos de las críticas que despertara en los ambientes más moralistas de Europa, el vals cautivó a los porteños que lo aprovecharon en toda su voluptuosidad porque, como contaba un inglés:

*Los porteños adoran el baile. En las horas de la noche, hijas, madres y abuelas se entregan a esta diversión con espíritu juvenil. Es un espectáculo edificante: la prueba de que la vejez no va siempre acompañada de tristeza.*

Más allá del vals, se acostumbraba a empezar el baile con un cielito, seguido por un chasquido de dedos y los típicos versos de siete sílabas que, como primera manifestación de

literatura popular, surgen de las entrañas de una tierra en la que el cielo nunca termina. Singular como la inmensa llanura pampeana, este género empieza a gestarse sobre los finales del siglo dieciocho y es con la Revolución de Mayo cuando alcanza su más acabada forma con versos como éstos del *Cielito de la Independencia* que por esos años escribiera Bartolomé Hidalgo y de seguro bailaron todos con ganas:

*Si de todo lo criado  
es el cielo lo mejor,  
el cielo ha de ser el baile  
de los Pueblos de la Unión.*

*Cielo, cielito y más cielo,  
cielito siempre cantad  
que la alegría es del cielo,  
del cielo es la libertad.*

*Hoy una nueva Nación  
en el mundo se presenta  
pues las Provincias Unidas  
proclaman su Independencia.*

*Cielito, cielo festivo,  
cielito de la libertad,  
jurando la Independencia  
no somos esclavos ya.*

#### Bibliografía

*La pequeña aldea, vida cotidiana en Buenos Aires 1810 - 1860*

Raquel Prestigiacomo y Fabián Uccello, EUDEBA 1999